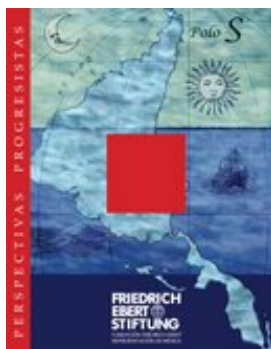


***Juan Villoro***

***Detente Apocalipsis:  
Tengo un Plan B.  
El futuro de la  
izquierda mexicana***

**FRIEDRICH  
EBERT   
STIFTUNG**  
FUNDACIÓN FRIEDRICH EBERT  
REPRESENTACIÓN EN MÉXICO

***Publicación editada por la Fundación Friedrich Ebert en México. Las opiniones vertidas en los documentos que se presentan, así como los análisis y las interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja, necesariamente, los puntos de vista de la Fundación. Perspectivas Progresistas***



### ***Perspectivas Progresistas***

Con el nacimiento de *Perspectivas Progresistas*, publicación de la Fundación Friedrich Ebert en México, pretendemos animar el debate público para pensar México desde miradas progresistas así como ofrecer una plataforma para el diálogo entre actores socio-políticos, académicos e intelectuales identificados con una concepción moderna y democrática de la centro-izquierda.

[www.fesmex.org](http://www.fesmex.org)

*Las opiniones expresadas en este documento, que no ha sido sometido a revisión editorial, son de la exclusiva responsabilidad del autor y pueden no coincidir con las de la Fundación.*

*Publicación de la Fundación Friedrich Ebert en México*

*Copyright, FESMEX 2007. Todos los derechos reservados.*

*La autorización para reproducir total o parcialmente esta obra debe solicitarse a la Fundación Friedrich Ebert en México. En caso que contrapartes deseen reproducir esta obra, sólo se les solicita que mencionen la fuente e informen a la Fundación de tal reproducción.*

*Fundación Friedrich Ebert (FESMEX)*

*Yautepec 55, Col. Condesa*

*Tel: 55535302*

*Fax 52541554*

*CP. 40123*



***Detente Apocalipsis:  
Tengo un Plan B.  
El futuro de la izquierda mexicana***

*Juan Villoro*<sup>1</sup>

¿Cuál es el papel del cronista en la configuración de la esperanza? ¿De qué manera alguien que se dedica a narrar lo ya sucedido puede incidir en los hechos por venir? Preguntas decisivas para entender la participación de un escritor en las discusiones políticas.

El cronista de la arena pública no es un testigo indiferenciado; está influido por la subjetividad, derivada de ser contemporáneo de las cosas que narra. No hay miradas puras y lo primero que debe establecer un narrador es su perspectiva para contar la historia. La hora mexicana puede ser descrita desde prenociones tan diversas como las convicciones del tardomarxismo o del porfiriato restaurado con el botox del liberalismo.

El filósofo esloveno Slavoj Žižek ha publicado un libro con un título que describe los desafíos de un observador de sociedades: *Visión de paralaje*. El fenómeno del “paralaje” es el aparente desplazamiento del escenario

---

<sup>1</sup> Ponencia presentada el 26 de febrero de 2007 en el marco del Seminario de Estudios Avanzados organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM con el apoyo de la Fundación Friedrich Ebert: “Izquierda, democracia y crisis política en México: posibilidades de una socialdemocracia en México”, coordinado por el Dr. Roger Bartra y el Dr. Francisco Valdés Ugalde.

provocado por un cambio en el punto de vista del observador. Una perfecta demarcación del cronista: las cosas cambian según su perspectiva.

La ética del narrador depende de esclarecer desde dónde observa -su situación de paralaje-; esto atañe tanto a su grado de aproximación a los sucesos como a las creencias que afectan su mirada: las condiciones físicas y culturales que determinan la *postura* del cronista.

El caos de los sucesos reclama un hilo psicológico que los haga verosímiles, una historia que los vuelva tolerables. El cronista otorga un sentido retrospectivo al azar. De manera aun más significativa, interviene en el futuro, trabaja para un instante posterior, destinado a definir las tradiciones que vendrán. En palabras de Tomás Eloy Martínez: “La ficción y la historia se escriben para corregir el porvenir”. El cronista sustrae un tiempo de la fugacidad y lo proyecta a un futuro donde librará una batalla duradera. Con este impulso, John Reed escribe de la revolución soviética, George Orwell de la guerra civil española, Anton Chéjov de la isla de Sajalín y Martín Luis Guzmán del frente de Pancho Villa. La apuesta de la crónica: el presente que ocurre como una forma de la perplejidad será la sensatez del futuro.

Los cronistas del 2 de julio de 2006 y de los acontecimientos posteriores no podemos aspirar a convencer a todos nuestros contemporáneos, demasiado inmersos en la situación como para carecer de exaltadas opiniones propias. Nuestra misión actual consiste en fomentar la discusión, algo sin duda útil, aunque menos relevante que narrar hacia el insondable porvenir, el horizonte incierto en el que pueda comprenderse de otro modo lo que fue verdadero en estos años.

### **Paralaje 1: el pasado de una ilusión**

En septiembre de 1974 cumplí 18 años, y poco tiempo después me afilié al Partido Mexicano de los Trabajadores, dirigido por Heberto Castillo y Demetrio Vallejo. De manera simbólica, nos reuníamos a una calles del Monumento a la Revolución. Nuestras destartaladas oficinas se mantenían a una prudente distancia de la gesta que el PRI había transformado en mausoleo.

En aquel tiempo, la mayoría de los grupos de izquierda oficiaban en nombre del marxismo-leninismo o de su versión suavizada por el eurocomunismo. El PMT se había planteado encontrar una vía propia hacia la izquierda, sin responder a los dogmas de la ortodoxia. Acaso el principal punto de discrepancia con los socialistas era que no se proponía un cambio en el modo de producción, sino una izquierda que actuara dentro de una

economía de mercado. En este sentido, se trataba de un proyecto socialdemócrata, que no pretendía cancelar la propiedad privada pero corregía sus excesos. Una postura que adelantaba las transformaciones que el PSOE iba a lograr en España pocos años después.

La construcción de esta alternativa dependía en el PMT de una irrestricta confianza en la democracia. Todo se decidía por consenso, en asambleas que competían con la eternidad. En ocasiones, ni la ironía de Heberto y ni los chistes colorados de Vallejo podían hacer que las discusiones terminaran.

Nuestro líder era una figura de excepción en la izquierda mexicana. Heberto Castillo había renovado la ingeniería con originales estructuras, padeció cárcel en nombre de sus ideas, se interesó en las más diversas formas de la cultura, ejerció sin tregua la autocrítica y en 1988, en su momento histórico más alto, entendió que otro candidato, Cuauhtémoc Cárdenas, tenía más posibilidades para la izquierda y renunció a sus objetivos personales. Narrado desde el presente, Heberto aparece como un protagonista de la izquierda más moderno de lo que fue en su tiempo, un líder mejorado por la Historia y sus reveladores efectos de paralaje.

Su época lo juzgó de otro modo. La izquierda canónica lo percibía como un político que descartaba la idea de revolución en favor del reformismo y que, al no proponer una agenda socialista, le “hacía el juego” al sistema dominante, deseoso de tener una oposición ficticia.

Cuando Luis Echeverría asumió la presidencia propuso su famosa “apertura democrática” para mitigar, así fuera formalmente, la fractura social provocada por la represión del movimiento estudiantil del 68 (de la que él mismo era responsable: en 1970 el presidente buscaba legitimarse condenando lo que hizo el Secretario de Gobernación en 1968; por una ironía de la historia, ambos eran la misma persona).

Numerosos sectores de la izquierda juzgaban que el PMT no buscaba otra cosa que colaborar con esta supuesta apertura y a sus militantes les decían “heberturos”.

Aunque admiraba al general Cárdenas, de quien estuvo cerca, Heberto consideraba que la transformación del país no podía venir del interior del PRI. Los usos y costumbres del partido que perfeccionó la impunidad y el oportunismo ideológico eran enemigos de toda renovación auténtica.

A cuidadosa distancia del populismo priísta y la ortodoxia leninista que se negaba a condenar el Muro de Berlín, el PMT buscaba una izquierda dialogante, abierta a soluciones inéditas en otras latitudes.

Estos ideales encallaron ante una realidad poco amiga de lo diverso, pero sobre todo ante una espectacular impericia organizativa. Cuando el Partido Comunista inició su transformación interna contaba con una estructura que nunca tuvo el PMT, donde imaginábamos en detalle el porvenir pero se nos olvidaba pagar la luz.

En 1981, durante el proceso de fusión de las izquierdas, Heberto propició una discusión en torno al símbolo del nuevo partido (el PSUM) que conviene revisar desde el presente. El PMT estaba dispuesto a disolverse pero no a ampararse en la hoz y el martillo. A cambio, Heberto propuso un nopal y un machete.

En su día, esta iniciativa fue vista como el alarde folklórico de quien quería una izquierda de Fonart. Para la ortodoxia, el color de la aurora era el rojo y su símbolo, la hoz y el martillo. Tres décadas después, los rústicos talismanes propuestos por el PMT conservan vigencia y podrían aparecer sin sorpresa en la portada de un disco de Café Tacuba o en el logo de la productora Canana, fundada por Gael García Bernal y Diego Luna.

Muchas de las causas (o, si se quiere, de los símbolos) con que el PMT perdió en el pasado son lugares comunes del presente. El atractivo logotipo del PRD (el sol azteca), y su color, el amarillo, son emblemas ajenos a la iconografía dogmática que requirieron de una larga aculturación.

Casi siempre, Heberto tuvo razón demasiado pronto o demasiado tarde. Ajeno a todo pragmatismo y a canjear los medios por los fines, pasó a la historia como una figura a la que no se le podían regatear méritos morales. Al mismo tiempo, hay que decir que fue un líder sin arrastre. Carismático para sus seguidores cercanos, capaz de encandilar en cualquier reunión, carecía de magnetismo en la arena pública. En aquel tiempo, la televisión estaba cerrada a los opositores, de modo que Heberto tampoco pudo practicar el proselitismo por esa vía, más apropiado para su carácter que el estentóreo caudillismo de la plaza.

Desfasado de su época, el líder del PMT gana en la visión de paralaje que permite el juicio contemporáneo. Sin embargo, los momentos históricos ocurren a una hora señalada y reclaman hombres para la ocasión propicia. Heberto Castillo no fue uno de ellos.

A partir de 1988, los antiguos miembros del PMT hemos visto con pasmo a una izquierda que sólo ha postulado a la presidencia a antiguos militantes del PRI y ha dependido en exceso del transfuguismo político.

---

Para los usuarios de Internet, el sitio *secondlife.com* ofrece la posibilidad de llevar un destino alternativo. En la política mexicana, la “segunda vida” de los priístas está en el PRD.

Para la izquierda de los años setenta una situación de ese tipo no sólo parecía indeseable sino imposible. Olvidábamos una condición esencial de la cultura mexicana: la posibilidad de morir para vivir de otra manera. En el país de *Pedro Páramo*, el PRI ha creado un extraño limbo político. Agotados sus recursos después de 71 años en el poder, tenía que perder la presidencia para afianzar sus triunfos locales. Libre de la responsabilidad de conducir al país, puede fortalecer sus intereses en la sombra, el más allá donde se perpetúa.

Después de institucionalizar la Revolución, el PRI lucha para institucionalizar la transición. Su cinismo crematístico le permite asumirse sin problemas como cadáver y hacerse la autopsia a diario. Su descomposición es real, pero lo decisivo es que no termine nunca. ¿O no estamos en el país de la transición eterna? Las redes subterráneas, los mandos medios y los gobiernos locales dependen en su mayoría del PRI. ¿No es eso gobernar un país? O quizá, para ser justos con su sobrevida, deberíamos decir: ¿no es eso postgobernar?

Si el PRI perdió en las urnas, ¿es posible afirmar que haya perdido en las almas? Sus prácticas corporativas, su clientelismo, su capacidad de ignorar contradicciones, su confusión de lo público y lo privado, su estridente ideología siempre tamizada por compromisos con los “poderes fácticos”, ¿no aparecen en los más diversos rincones del ejercicio político?

Mientras los diputados del PAN y del PRD se lanzaban botellitas de agua en el Congreso en diciembre de 2006, los legisladores del PRI demostraban de qué manera ese partido se puede hacer el muerto.

En su retorno de los muertos vivientes, el PRI ofrece dos resistentes “beneficios”: la destreza antidemocrática de quien sabe controlar un país en “lo oscurito” y las banderas que no deben honrarse para ser atractivas (un ideario rotativo que según la conveniencia puede presentarse como nacionalista, neoconservador o liberalista social).

Además, el PRI tiene una agencia de colocaciones en el PRD, cuyo programa de viajero frecuente estuvo incluso a punto de admitir a la recalitrante panista Ana Rosa Payán. Hasta donde es posible que un caudillo inmoderado tenga colaboradores, el ex priísta López Obrador se encumbró en su partido con el apoyo del ex priísta Cuauhtémoc Cárdenas y tiene una guardia de *corps* en el que despachan los ex priístas Ricardo

Monreal, Dante Delgado, Socorro Díaz y Manuel Camacho. El triunfo más reciente del PRD, en la gubernatura de Chiapas, llegó de la mano de Juan Sabines, otro egresado del PRI. Con demasiada frecuencia, el PRD ha ofrecido un programa de AFORE al antiguo partido oficial.

Durante décadas, la política *de facto* y la gestión de la cosa pública pasaron por el PRI. Esto atrajo a sus filas a gente muy diversa. Aunque no fueron mayoría, hubo gestores honestos, de clara vocación socialdemócrata, que militaron en el partido tricolor. Es comprensible que algunos miembros del PRD provengan de los sectores críticos del PRI y no se puede ignorar la valentía de Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo para romper con ese partido en tiempos en que no había otras alternativas políticas de éxito. También es atendible que en ciertas localidades se recurra por pragmatismo a candidatos curtidos en el PRI que ya no tienen ahí una pista de despegue; sin embargo, el exceso de ex priístas en puestos claves del PRD ha minado su credibilidad.

La integración de los cuadros es un problema esencial de la izquierda mexicana. Para el PRD ha sido históricamente preferible “robarse” a un priísta que crear dirigentes en el seno del partido. Tal parece que estamos ante un equipo de futbol deseoso de triunfar por la vía rápida del fichaje y que desconfía del trabajo lento de la cantera.

## **Paralaje 2: el presente interminable**

Se diría que el 2 de julio de 2006 no ha dejado de ocurrir. Aquella jornada de excepción enfrentó en las urnas a un pueblo que amaneció esperanzado y se acostó en absoluta zozobra. Por primera vez dos opciones contrastadas del país competían con casi idénticas posibilidades de éxito.

En la noche del 2 al 3 de julio los votos cayeron en Internet como un goteo lento, un angustioso compás de espera. En cierta forma, los resultados no han acabado de caer en las conciencias.

El PAN recibió constancia de mayoría por una cantidad que equivale a llenar dos veces el Estadio Azteca, en un país de más de 106 millones de habitantes. La sensación de fractura aún no se supera. Algunos analistas aseguran que México votó por la pluralidad y el reparto de poderes. Nada más alejado a la verdad. Los votos revelan que no hay mayorías definitivas pero esto no significa que la segmentación de las voluntades se haya escogido en forma deliberada. Al contrario, los resultados más bien apuntan a diversas formas de la intransigencia, sin vías de conciliación posible. Un

---

país dividido en clases, razas, zonas geográficas, los rezagos de una imperfecta democracia.

La contienda se vio envilecida por la injerencia del presidente Fox (que acaba de aceptar en su discurso de Washington), la publicidad negativa pagada por el Consejo Coordinador Empresarial, la presencia en México de José María Aznar para apoyar al PAN, los pactos corporativos con Elba Esther Gordillo y su poderoso sindicato (que acaso reportaron un millón de votos al candidato oficial), el desvío de fondos de los programas de vivienda a los gastos de campaña del PAN, documentado por José Reveles en su libro *Las manos sucias*. Desde antes, el absurdo proceso de desafuero había tratado de poner un cerco a las legítimas aspiraciones de López Obrador como candidato de la izquierda. La disputa fue injusta y esto empañó su desenlace.

Voté por López Obrador y lo volvería a hacer en caso de regresar en el tiempo a ese 2 de julio del que mentalmente no hemos salido. El PRD representa la izquierda real de México. No siempre podemos vivir con él pero, al menos por ahora, resulta imposible vivir sin él. En un país con 40 millones de pobres, 14 de ellos en pobreza extrema, y 14 millones de millonarios tenemos un diseño social de insólita disparidad, que combina una escasez africana con el mercado suntuario de Escandinavia.

El proyecto de la izquierda depende de dos ejes básicos: el combate a la desigualdad y la lucha contra la discriminación. Son muchas más las cosas que deben proponerse, pero sin esas dos nada se cumple.

En ocasiones, los analistas se sitúan por encima de la realidad y descubren que ningún partido está a la altura de lo que merecen. Actúan como consumidores de ideologías que buscan un partido de *boutique*, ignorando una condición esencial de la lucha política: no hay manera de cambiar la realidad sin participar en ella. El camino de la izquierda no pasa por un apoyo irrestricto al PRD, pero no puede diseñarse al margen de esta organización.

El desafío consiste en transitar de un sentido representativo de la democracia a uno participativo. Esto no implica necesariamente militar dentro del partido. Por el contrario, la izquierda se enriquecerá en la medida en que sea progresivamente ciudadana. Con esto no me refiero sólo al apoyo que puede recibir, sino a la conformación de sus planes de gobierno y a la supervisión de que se cumplan una vez ganada la elección.

Los partidos políticos son un invento anterior a la luz eléctrica. Como señala el caso de Porto Alegre o, más cerca de nosotros, la elección para

candidato del PRD a delegado por Coyoacán, las nuevas redes del proselitismo operan por Internet y los teléfonos celulares. Los ciudadanos que hasta hace unos años eran conjeturales si no llegaban a la asamblea, pueden articularse ahora con mayor eficacia que los políticos profesionales.

En este sentido, el PRD debe entender que dependerá, cada vez más, del círculo externo creado por las redes ciudadanas.

Apoyar a López Obrador en 2006 significaba avalar su alternativa, pero también contribuir a desarrollarla, a matizarla, a transformarla. Son muy diversas las corrientes que confluyen en la izquierda. El propio candidato del PRD reconoció la importancia de la participación extrapartidista ofreciendo secretarías decisivas a personas de consenso que no militan en ese partido, como Juan Ramón de la Fuente y José María Pérez Gay. Llama a escándalo que Felipe Calderón no haya podido hacer algo equivalente, ni siquiera después de ganar por la mínima diferencia. Su gabinete carece de pluralidad incluso respecto a las distintas tendencias del PAN.

En alguna ocasión, un amigo me preguntó: “¿Y no tienes dudas sobre López Obrador?” Por supuesto que tenía dudas. De quien no tenía ninguna era de Calderón y Madrazo. La democracia rara vez presenta a un prócer ideal. Entre las dudas que suscitaba López Obrador se encontraba su resistencia a informar de modo transparente al IFAI, su falta de autocrítica ante los videoescándalos, su inaceptable apoyo a los cómics de tiraje millonario que lo presentaban como un salvador de la patria, su desdén ante la cultura, su renuencia a trabajar en equipo y a delegar responsabilidades a expertos, su construcción de un faraónico segundo piso en detrimento del transporte público, su utilización de los taxis pirata como instrumento político y su tendencia a enfrentar cualquier crítica como una conspiración en su contra. López Obrador llegaba a la justa como un caudillo formidable y un pobre estadista. Aun así parecía que podía ganar por una izquierda perfectible pero real.

La contienda fue turbia y desigual. Sin embargo, una de las cosas más difíciles de aceptar desde una perspectiva de izquierda es que a pesar de eso se pudo haber ganado. El PRD también fue víctima de sus propios errores y no ha trabajado lo suficiente para diagnosticarlos.

Una arraigada tradición nos hace pensar a los mexicanos que aceptar un error es peor que cometerlo. Vivimos en estado de emergencia ante la verdad: la responsabilidad de los sucesos nunca es nuestra sino de fuerzas como el azar, el sindicato, el camión que no pasó a tiempo o nuestros ilocalizables pero tremendos adversarios. Esto, que es común a cualquier ámbito, se perfecciona en la política a un grado superlativo. En vez de

considerar que la autocrítica le arrebatara argumentos al enemigo, el político vernáculo piensa que rectificar equivale a claudicar. En la lógica del caudillo, todos los errores son ajenos. Sus virtudes son inmanentes, consustanciales a su condición singular, ajena a la norma. Como un rey trágico de Shakespeare, López Obrador parecía dignificarse en soledad a medida que sus colaboradores cercanos se corrompían. Sólo él, visionario y entregado, seguía con pureza hacia delante. En la lógica de una democracia moderna no se puede aceptar esta falta de rendición de cuentas.

Estuvimos a 250 mil votos de ganar. La cifra se hubiera conseguido con algunas variables. La visión de paralaje permite escribirlas en presente para evitar la excusa, típica del temperamento político, de que no existe el “hubiera”. Situémonos, pues, en un presente histórico: López Obrador participa en el primer debate, Patricia Mercado dimite en su favor (no por sacrificio altruista sino a para sumar voluntades en función de un proyecto socialdemócrata amplio, con visión de co-gobierno), hay acercamientos a sectores reacios y aun hostiles, se utiliza más la televisión que la plaza pública (el Zócalo se llena de gente deseosa de oír que su candidato llame al presidente “chachalaca”, pero los ausentes, que son muchos más, piensan distinto a la distancia).

La izquierda aún debe analizar las equivocaciones que la alejaron de la presidencia. A esto se agrega la valoración de los resultados y la conducta postelectoral de López Obrador. Uno de los dramas del 2 de julio es que el PRD carecía de Plan B. La única respuesta fue proclamar el triunfo.

El torpe manejo político que las autoridades del IFE hicieron de los resultados trajo una crisis de credibilidad. Apoyar la revisión voto por voto era una forma legítima de transparentar el resultado. No lo era, en cambio, argumentar sin pruebas fiables que la izquierda había triunfado, los magistrados habían sido sobornados y los medios de comunicación habían pactado con los inescrutables “poderes fácticos”.

Una de las grandes limitaciones de la izquierda consiste en operar con más eficacia desde la protesta que desde la construcción de alternativas. Fuerte en la impugnación, se debilita ante la obligación de precisar sus planes y garantizar su eficacia. La izquierda ha pasado una noche tan larga en la oposición que parece refractaria a la idea de actuar con solvencia a la luz del día.

La tesis del fraude se inscribe en la larga lista de victimizaciones que otorgan combustible moral a la izquierda. El problema es que se trata de algo no demostrado y eso amenaza con disolver las injusticias que sí se pueden demostrar. Si la campaña fue probadamente desigual, ¿por qué

insistir en que además hubo un robo absoluto e invisible? Tal vez el líder y sus más cercanos colaboradores temen que la derrota los haga parecer menos capaces de lo que son, pues habían prometido un triunfo. En este sentido, el fraude como causa última de la derrota sirve para no ejercer la autocrítica, de por sí escasa en la izquierda. Lo más grave es que al crear la fantasmagoría de la usurpación pierden fuerza los datos objetivos que acreditan otras injusticias.

López Obrador sufrió un agravio en la campaña. A partir del 3 de julio podía revertir ese agravio en su favor, manteniendo las condiciones de la lucha democrática. En ningún momento previo a las elecciones dijo que desconocería el resultado ofrecido por el IFE. El plantón que acarreó la pérdida de trabajos y alteró la vida de la ciudad, la aceptación de una presidencia “legítima” en un mitin en el que, como mucho, participó el 10% de quienes votaron por él, y el discurso de confrontación con el presidente Calderón, al que llama “pelele” o “soldadito de chocolate”, han minado el capital de López Obrador.

Abundan los ejemplos de derrotas injustas que han servido para fortalecer causas futuras. Las identidades de Cataluña y de Québec provienen de despojos que se rearticulaban como proyectos identitarios. La condición central para que esto sea posible consiste en no responder a la derrota con una afrenta, sino en convertirla en emblema ético. El agravio no faculta para la venganza, faculta para tener razón en el futuro.

Un simpatizante ejemplar de López Obrador me comentó que fue a verlo para quejarse del plantón. El candidato le dijo que tenía ocupada a la gente de ese modo porque le había pedido armas para sublevarse. “La paz del país dependía de un solo hombre: López Obrador”, me comentó mi amigo. Por otra parte, un asesor del candidato del PRD me informó que mientras él estaba a su lado en una tienda de campaña durante el plantón, oyó a tres emisarios de organizaciones sociales llegar a pedir armas. Es comprensible que ante la indignación de la derrota y los sufrimientos de una campaña desigual, varios activistas desearan pasar a la lucha armada. Sin embargo, el argumento de mantenerlos ocupados con el plantón no se defiende solo.

Había muchas otras posibilidades de continuar las movilizaciones sin violentar la vida de los otros. Por lo demás, así se dilapidó un recurso que hubiera tenido sentido ético el 6 de septiembre de 2006, cuando el Tribunal Electoral juzgó que hubo una injerencia negativa en la campaña por parte del presidente y del Consejo Coordinador Empresarial, pero se declaró incapaz de sancionarla. ¿Si las instituciones no pueden impartir justicia, entonces quién puede hacerlo? Tomar las calles hubiera adquirido lógica en

ese momento, pero ya estaban tomadas, situando al PRD y a su candidato en la bravuconería de quien revienta instituciones. En su propia visión de paralaje, el caudillo busca adelantar los tiempos de la historia, la lógica del “madrugete” que Martín Luis Guzmán define a la perfección de su novela *La sombra del caudillo*: no se le rinden cuentas a una causa, se aprovecha la sorpresa (los hechos no dependen de las convicciones sino del resultado: lo factible siempre es positivo). En esta estrategia, López Obrador se contradice sin cesar y apuesta a la razón de los hechos. Si reúne suficiente gente, importa poco el camino de desmentidos que conduzca a ese fin.

Ningún político mexicano de izquierda ha construido un respaldo popular más amplio que él. No era el candidato perfecto: era el que podía ganar en nombre de la izquierda. Tal vez convencido de que la fuerza que lo apoyó es “suya”, la ha dilapidado de un modo acaso irreversible. Si el PRD lo presenta como candidato para el 2012 sabremos que el pasado 2 de julio significó la pérdida de dos elecciones.

López Obrador sigue siendo el único líder que puede sacar a más de un millón de personas a la calle en apoyo irrestricto de su causa. Su núcleo básico de seguidores ha mostrado una entrega admirable. Sin embargo, cada vez es más honda la distancia entre esa entusiasta multitud y el resto de los simpatizantes de la izquierda. En las elecciones para gobernador de Tabasco, celebradas semanas después de la elección presidencial, el 23% de la gente que votó por López Obrador no lo hizo por el PRD para el gobierno local. Aunque también inciden otros factores, el trasvase de votos se explica en buena medida por los errores postelectorales del candidato de la izquierda.

Entre los remedios de primeros auxilios que requiere el PRD se cuenta dejar de asimilar a ex militantes del PRI y encontrar a un candidato viable.

### **Paralaje 3: la apuesta futura**

Más allá de las personas y las estrategias, urge renovar la plataforma de la izquierda y redefinir el horizonte que desea alcanzar.

¿Hay forma de recuperar la brújula y no ceder al fanatismo y las explicaciones paranoicas, último consuelo en la derrota? Nada tan apremiante como reconocer que algo falló. Nos guste o no, estamos en el Plan B, urgidos de segundas opciones. Si no lo aceptamos, caminaremos como los héroes griegos, con los ojos abiertos hacia el abismo.

Imaginar la necesaria alternativa de la izquierda pasa en mi opinión por cuatro puntos cardinales:

1.-*La invención de la clase media.* La izquierda moderna no se opone al capitalismo; opera dentro de él: es su conciencia crítica y su fuerza niveladora. Los adversarios de la izquierda suelen poner énfasis en la irresponsabilidad que suponen sus presuntos programas asistenciales y su tendencia al endeudamiento. El desafío de la izquierda postsocialista estriba en crear una clase media amplia. Otros proyectos de ese tipo han triunfado en Europa y Sudamérica dirigiéndose a una clase media ya constituida. En México ese respaldo es débil porque la clase media es una forma de la nostalgia o de la zozobra, un sector amenazado con descender en la escala social, cuya aspiración de bienestar no es mantenerse como tal sino pasar a la élite.

La prosperidad de España es un triunfo de la izquierda. De manera equivalente, el avance de la izquierda mexicana debe estar vinculado a la ampliación del mercado interno. La mediana y la pequeña empresa son aliados naturales de este empeño en una economía dominada por monopolios.

En su combate contra la desigualdad, el PRD no ha insistido lo suficiente en la creación de una sociedad integrada en su mayoría por la clase media. La pobreza no aparece en el discurso como algo a erradicarse. El lema "primero los pobres" es un equívoco de comunicación: propone una filantropía ante el rezago. El reto no es atender la pobreza sino superarla. Ocuparse de la miseria puede sugerir que se desea preservar a los pobres pero con mayor calidad de vida, en una especie de reserva de interés social. Posiblemente, el voto joven favoreció mayoritariamente al PAN por la ausencia de un mensaje aspiracional en el programa económico del PRD. La derecha ha sido más hábil para transmitir un mensaje en el que el sujeto se siente involucrado en un proyecto de bienestar. Aunque se trate de una falacia, el votante panista percibe con más facilidad que se ayuda a sí mismo con su voto.

En materia de economía, el PAN no propone grandes cambios al liberalismo económico trazado por Carlos Salinas de Gortari. Si acaso, su lucha contra la pobreza se encamina a eliminar núcleos de conflicto y situaciones especialmente graves. En términos populares, el PAN y sus militantes puede reconocerse como un partido de la burguesía blanca, católica, con aspiraciones a una "decencia" moral. Esto, que sólo define a una franja del país, puede ser visto como aspiración por otros sectores. De ahí su parcial atractivo en las votaciones.

El proselitismo de izquierda pone el acento en el principio altruista de ayudar a los otros. Teatro de las paradojas: el proyecto de la derecha es

---

discriminatorio y el de la izquierda incluyente, pero en el campo de la comunicación los mensajes se cruzan y travisten. En términos emocionales, cristaliza una intención “positiva” en la propaganda de la derecha (un mundo de alto rendimiento) y una intención de “compromiso asistencialista” en la de la izquierda (un mundo de urgentes carencias). En lenguaje fílmico, el PAN ofrece una producción con engañosos efectos especiales y el PRD un documental con amargas verdades en blanco y negro.

La izquierda debe revalorar la forma en que se dirige al sujeto: el voto pasa por su destino antes que por el de los otros. Hacer que su futuro sea el de la mayoría significa proponer el deseable país donde la norma sea la clase media.

2. *La inclusión cultural.* Ningún partido político asumió la cultura como una de sus principales banderas. Si la desigualdad económica es la principal lacra del país, la segunda es la discriminación. Crear un proyecto incluyente de nación es un cometido cultural. El sujeto sólo existe en forma íntegra si puede afirmarse a partir de sus opciones sexuales, laborales, religiosas y educativas. En la era de la información, la igualdad de acceso pasa por la tecnología y la cultura.

Una y otra vez se repite con bombo retórico que México ofrece un rico mosaico multicultural. Sin embargo, faltan planes claros para el desarrollo de la ciencia, la educación y la cultura y, sobre todo, un viraje en la concepción del problema: no se trata tan sólo de apoyar a los especialistas o las instituciones correspondientes, sino de convertir la cultura en una forma de vida. La política de la derecha, que busca la preservación del orden actual, tarde o temprano tiende a la discriminación. Al día siguiente de que Felipe Calderón recibiera constancia de mayoría, el periódico *Reforma* publicó desplegados de felicitación del grupo Pro-Vida, los obispos de México y el Consejo Coordinador Empresarial (que hizo oídos sordos a los comentarios del Tribunal Electoral). Aunque no siga puntualmente la agenda discriminatoria de esos sectores, Calderón cuenta con su apoyo decisivo.

En una sociedad tan contrastada, sólo una izquierda socialdemócrata puede ofrecer una alternativa incluyente. Esto significa, ante todo, ejercer los favores de la autocrítica: luchar por un gobierno que ofrezca el mejor modo de ser criticado.

3.-*Globalización.* No queda clara cuál es la articulación internacional propuesta por la izquierda. La calumniosa campaña que comparaba a López Obrador con Hugo Chávez tuvo éxito, entre otras cosas, porque se ignoraban las prioridades que se buscarían en política exterior. La izquierda ha optado tradicionalmente por un nacionalismo defensivo y anti-

---

estadounidense. Esto resulta obsoleto en un mundo con presencia instantánea del dinero en las computadoras de todas las bolsas de valores y símbolos culturales de vigencia planetaria. El desafío no es cerrar las fronteras sino diversificarlas. Es poco lo que se ha dicho al respecto desde el PRD. A mi modo de ver esto influye más de lo que podría pensarse en los votantes, especialmente en los jóvenes. El PRD suele ser visto como un partido que pugna por un nacionalismo agrícola, de integridad de tezontle, atractivo para los hombres del maíz pero alejado de la era digital.

América latina transita hacia diversas modalidades de la izquierda y España ha vuelto a ser gobernada por el PSOE. La izquierda que se pronuncia en español no puede desaprovechar esta circunstancia.

Es necesario, además, incluir en el proyecto de la izquierda a los millones de mexicanos que sostienen la economía con las remesas que mandan de Estados Unidos y no votan en las elecciones. En caso de que acudieran a las urnas, ¿cuál sería su intención de voto? Un proyecto moderno de nación no puede ignorar la respuesta.

4. *Participación ciudadana.* El futuro de la izquierda dependerá de combinar la organización vertical del partido con una suma de organizaciones horizontales (grupos ecologistas, ONGs, asociaciones de vecinos, observatorios cívicos, grupos étnicos, colectivos de expertos), es decir, por insertar las redes comunitarias en el quehacer político.

En 2003 Jürgen Habermas y Jacques Derrida publicaron un desplegado que buscaba definir la nueva identidad europea a partir de las tradiciones de la Ilustración y la socialdemocracia. Uno de sus objetivos era privilegiar el *ethos* solidario sobre el *ethos* individualista. En cierta forma, se trata de fortalecer la comunidad (*Gemeinschaft*) dentro del marco de la sociedad (*Gesellschaft*). La vida ciudadana opera en estos dos espacios y puede otorgar nueva ética al trato político.

Desprovistos de afán de poder y al margen de las prebendas que pueden derivar del ejercicio público, los ciudadanos se interesan en causas puntuales que los benefician. En la medida en que el partido de la izquierda sepa dialogar con estas iniciativas y atenderlas estará más cerca de una necesaria rendición de cuentas. En la democracia representativa se delega en el político electo la responsabilidad de cumplir. En la medida en que avance la ciudadanización de la política, los partidos podrán contar con fiscalización continua, acentuando el carácter participativo de la democracia. Para ello, urgen reformas, como introducir la reelección de diputados y senadores. En la situación actual, el cumplimiento de los legisladores carece de recompensa alguna. En cuanto ocupan su curul, dejan de deberse a los

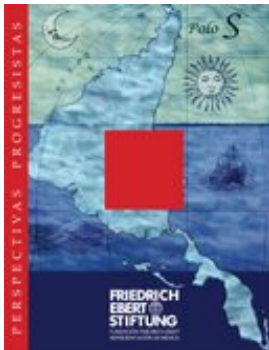
votantes. La posibilidad de reelegirse abre otro horizonte para el cumplimiento de expectativas y la articulación entre políticos y ciudadanos. Una visión en espejo: luchar por una cultura de responsabilidad en los políticos es luchar por la supervisión ciudadana.

Gramsci no ha dejado de tener razón: hace falta combinar el pesimismo de la inteligencia con el optimismo de la voluntad. El apocalipsis está a la vista pero debemos concebir un Plan B.

“Lo único que sabemos del porvenir es que difiere del presente”, escribió Borges. ¿Podemos anticipar el camino?

Ante el inescrutable futuro, termino con un aforismo de un mago que lee el Tarot, Alejandro Jodorowsky:

“No podemos cambiar el mundo. Podemos empezar a cambiarlo”.



*Perspectivas Progresistas* quiere ofrecer un espacio para la innovación de ideas e interpretaciones sobre México; puente de pensamiento entre puntos de vista de la centro-izquierda y ámbito de discusión sobre el tipo de sociedad con que sueña y a la que aspira la “ciudadanía” mexicana.

[www.fesmex.org](http://www.fesmex.org)

*Sobre el autor.*

Escritor y novelista mexicano.



### ***La Fundación Friedrich Ebert en México***

La Fundación Friedrich Ebert (FES) es una institución privada sin fines de lucro, comprometida con las ideas y los valores de la democracia social. Su nacimiento data del año 1925, debe su nombre a Friedrich Ebert, primer presidente alemán democráticamente elegido. Hoy en día los ejes centrales del trabajo de la FES son justicia social, democracia activa, fomento de la investigación, reforma social y estrategias políticas para la configuración de una globalización incluyente.

Nuestra oficina en México es una de las más antiguas de América Latina; en 1969 comenzó sus primeras actividades. En la actualidad, el trabajo de la FESMEX se organiza a través de tres programas: a) diálogo político e internacional, b) diálogo sindical y de género y, c) fortalecimiento de capacidades de actores socio-políticos identificados con la centro-izquierda. Ofrecemos plataformas de reflexión sobre la política exterior mexicana, su papel como actor regional y global; diálogos para la modernización de los sindicatos, la democracia sindical, el fortalecimiento de capacidades para su acción internacional y herramientas para una inserción equitativa y competitiva en la globalización. La formación política de nuevos liderazgos democráticos y progresistas ocupa un lugar central de nuestros esfuerzos, así como la asesoría a nuestras contrapartes en conceptos políticos innovadores, tales como: participación política femenina, política social, seguridad ciudadana y espacios públicos, migración y desarrollo fronterizo, calidad de la política, ciudadanía y democracia comunicacional.